

Propiedad, liberalismo y cooptación

Por Arnold August, marzo de 2012

A John Locke se le considera como el padre del liberalismo, filosofía que forma parte integrante de su oposición a los derechos divinos de la monarquía y de las viejas clases feudales. «Todos ven en la asertividad y justificación de Locke sobre el derecho natural de toda persona a la propiedad privada, inscrito uno de los conceptos principales en torno del cual gira su teoría sobre la sociedad civil y el gobierno».¹

El individualismo posesivo corresponde sobre todo a una sociedad de mercado con supuestos posesivos, [así...] la existencia continua de gobiernos liberales y democráticos en las sociedades de mercado caracterizadas por un individualismo posesivo [...] obedece a la habilidad de la clase poseedora para mantener en pie a poderes políticos adecuados independientemente del sufragio universal.²

Esta observación demuestra el tremendo laxismo respecto del papel que desempeña la cooptación política e ideológica en el sistema político de la democracia basado sobre las fuerzas del mercado (la manera en que la clase poseedora mantiene vigente un poder político). La cooptación es uno de los temas principales que trato en el Capítulo II de mi libro. Por otra parte, es totalmente imposible distanciar el «liberalismo» y su concepto asociado de «libertad» –tal como se aplica en el sistema político de los Estados Unidos– del individualismo extremo inherente al derecho de propiedad privada. Uno no puede ampliar el liberalismo para introducir un principio de ordenamiento jurídico más positivo que el de su propio elemento fundante, estructurado en el derecho de propiedad sobre la base de un extremo individualismo. Una barita mágica *no puede* transformar el liberalismo en un fenómeno, que en cierta manera, ha excedido su intención original tal como se expresa sin ambages en Locke y veladamente en la presunta franqueza liberal de Jefferson. Caer bajo la fascinación de formarse ideas falsas sobre el liberalismo conduce a crear una visión tergiversada de la democracia en los Estados Unidos. Esta falacia puede conducir a algunos a arrogarse la actitud etnocentrista estadounidense de pueblo elegido cuyo deber es llevar la democracia a otros países (así como un dejo de «civilización» y de «humanidad»), en particular a los países latinoamericanos (del Sur). La humanidad, tal como la define West, hoy día contempla

las «especificidades culturales» y ha perdido su carácter universal, lo cual resulta en un «choque entre civilizaciones». Sin embargo, este choque podría resolverse a condición de que las otras culturas y naciones sucumban con la dominación ejercida por los Estados Unidos de América (del Norte).

La cooptación y el sueño americano cristalizaron su sustancia durante las primeras fases del movimiento de las Trece Colonias, en la época de la Declaración de Independencia:

Los hombres hechos por sí mismos fueron los mejores estandartes del acervo. Todo inmigrante humilde podía convertirse en el hombre más rico de los Estados Unidos porque dos lo habían logrado antes –Stephen Girard, un francés de nacimiento quien llegara a Filadelfia como oficial de un buque mercante y, Astor, el hijo de un carnicero alemán con escasos recursos³ (énfasis añadido).

No olviden que sólo «dos» lo lograron. Este efecto de goteo invertido contribuye a la conjuración del sueño americano. Sin embargo, hay motivo para forjar el sueño americano si se toma en cuenta la comparación de la sociedad independentista con la sociedad británica de la Europa de antaño:

En contraste con una Europa estratificada, la sociedad más fluida de los EE.UU. ofrecía una oportunidad doble: hacer fortuna y *criticar el uso abusivo del dinero* por parte de los ricos, al tiempo que señalar la manera en que el exceso de abundancia y la estratificación de la sociedad podían socavar la democracia que los había nutrido⁴ (énfasis añadido).

Se invocaba el sueño americano como la piedra angular del sistema democrático de los EE.UU. apoyándose en este cojín angular formado por la vieja aristocracia británica tipo casta y los espacios abiertos y la fluidez superficial del país (por superficial entiéndase a que eran muy raros los que podían pasar de la nada a la opulencia). Planteamiento éste que subsiste hoy día.

Nótese que sólo tres conceptos bastaron para sustentar el incipiente sistema democrático estadounidense. Hoy, éstos revisten aún mayor importancia. El primero es el concepto general de «crear fortuna de la nada» según el cual «todos pueden lograrlo si en ello ponen su empeño». El segundo, esencial para el fomento y

promoción de este mito, es que las contadas personas que lo logran son recuperadas voluntariamente como símbolos del sueño americano, al cual deben rendir homenaje como parte de su deber de miembro del club de las clases superiores, sección *nuevos* ricos. Y, el tercero, tal como Phillips lo señala en la cita antes expuesta, como participante del sueño americano, uno puede «hacer fortuna y criticar el uso abusivo del dinero por parte de los ricos». Conviene notar que para proteger el sistema económico y político, lo que se permite o fomenta hasta hoy día es señalar el empleo abusivo del dinero por parte de la muy pequeña minoría rica o quejarse de ello. Estos conceptos funcionan a guisa de tapadera de olla a presión con válvula descompresora incorporada. Además, la moralidad individual (tan enlazada en los engranajes de la cultura política de los EE.UU.), herencia de los primeros colonos e ingrediente esencial del sueño americano, conduce a censurar el abuso, en vez de criticar el fundamento mismo del sistema. Según esta lógica, la gente no tiene más que esperar a que los ricos renuncien a su «avaricia» e inherente tendencia a abusar de las mayorías, características éstas derivadas de su privilegiado rango. Así, es de suponerse que los ricos pueden conducirse con mayor auto control respecto de sus privilegios en relación con los demás.

Tocqueville, en su calidad de admirador por excelencia de la democracia estadounidense escribió sobre el sueño americano, y literalmente dijo: «Parecía como si la Nueva Inglaterra hubiese sido una región entregada a los sueños de lujo y a los experimentos inmoderados de los innovadores».⁵ Efectivamente, las importantes contribuciones de los EE.UU. al mundo en materia de innovaciones y conocimientos peritos son innegables. Sin embargo, el objetivo era servir al sistema fomentando el espíritu innovador.

Hay lindes que entran en relación extremadamente tirante entre la movilidad ascendente y otras características del liberalismo. Recordemos el tercer componente (la felicidad) de las nociones triples de la vida, libertad y búsqueda de felicidad. Como ya se ha visto, este último corresponde a la inicial «cruzada emprendida en pos de la propiedad» provista de dejos de felicidad. Adicionalmente, la «libertad para» y la «libertad de» son prerrogativas basadas sobre nociones determinadas y no pueden ser contempladas de manera abstracta o fuera de su contexto histórico. El significado de estos privilegios, en el caso de los EE.UU., no puede escapar del sistema en que fueron establecidos. Cuando una sociedad está basada sobre el individualismo extremo de la propiedad privada (o sea, el capitalismo de hoy), entonces entran en juego otros conceptos, los cuales pueden conjurar ideales aparentemente muy elevados a favor de los intereses individuales, aun cuando sea en perjuicio de los intereses colectivos o de la sociedad. Es este el destino que se depara a la «libertad para» y la

«libertad de», el derecho de cada individuo, haciendo caso omiso de cualquier otra consideración para alcanzar sus propios intereses con un mínimo de influencia externa (social o gubernamental). Por ende, es este el altar ante el cual se arrodillara Tocqueville afirmando: «Este principio de libertad en ningún sitio del mundo se aplicaba tan extensamente como en los Estados de Nueva Inglaterra».⁶ Sin embargo, la pregunta queda, tanto ahora como antes: ¿libertad para quién y en función de qué?

¹ Macpherson, C.B.: *The Political Theory of Possessive Individualism: Hobbes to Locke*. NY: Oxford University Press, 1990, 197.

² *Ibid.*, 270, 274.

³ Phillips, Kevin: *Wealth and Democracy*. NY: Broadway Books, 2003, 5.

⁴ *Ibid.*

⁵ Tocqueville, Alexis de: *Democracy in America*. NY: Bantam Books, 2004, 39.

⁶ *Ibid.*